

## El futuro requiere nuevas “maneras”

Pablo González S.

Las explicaciones tradicionales para el problema del desarrollo económico aluden principalmente a tres factores: problemas culturales, falta de recursos e instituciones ineficientes. Sin embargo, antes de la crisis internacional que está afectando a la mayoría de las economías del mundo, Chile se encontraba frente a una aparente paradoja. Primero, los cambios culturales observados en el país (y documentados por los informes de desarrollo humano) han sido importantes, y tendientes hacia una mayor individuación, más tolerancia al cambio y mayor valoración de la diversidad. Segundo, se contaba con recursos nunca antes vistos: el país se convertía en acreedor neto internacional y los niveles educacionales de la fuerza de trabajo se acercaban, al menos en años de escolaridad, al de algunos países desarrollados. Tercero, en muchas áreas, las reformas institucionales estaban siendo usadas como modelo para otras naciones. Sin embargo, a comienzos del 2008 predominaba una sensación de que algo se estaba haciendo más difícil. Por ejemplo, mientras en 1999, en plena “crisis asiática”, un 43% de los chilenos pensaba que en los próximos cinco años la situación del país iba a mejorar, en 2008 esta proporción había caído a 27%.

El Informe de Desarrollo Humano publicado en enero 2009 propone una interpretación de esta percepción. Chile se encuentra desafiado por sus éxitos. La globalización, la especialización y el desarrollo económico han producido entornos institucionales y organizacionales crecientemente complejos e inciertos. La individuación ha fortalecido la diversidad de intereses y los derechos de las personas. Las mayores necesidades de coordinación, información o manejo de conflictos que surgen de este nuevo escenario desafían desde la gestión del Estado o de las empresas hasta las relaciones familiares y la construcción biográfica de los individuos.

Sin embargo, las maneras de hacer las cosas, las prácticas concretas de los actores que buscan realizar algo con otros, no se adaptan en forma automática a los nuevos escenarios, sino que, por el contrario, presentan una gran rigidez, lo que puede provocar que no estén a la altura de los nuevos desafíos. ¿Por qué la inercia de las maneras de hacer las cosas? Por una parte, porque la repetición de una práctica va generando un “conocimiento práctico”, un cierto “saber hacer”, que va consolidándose en hábitos de conducta. Por otra, porque el entorno de las prácticas cambia lentamente y a veces en forma contradictoria. Las prácticas son precisamente el espacio donde se resuelven las posibles tensiones entre: reglas e

incentivos de distinto orden y procedencia; dispositivos de información, coordinación y resolución de conflictos; creencias, motivaciones, expectativas y aspiraciones de los actores involucrados; y las sociabilidades y relaciones que éstos establecen.

Así, no hay garantía que en su hacer concreto las personas modifiquen su actuar y su forma de relacionarse de tal modo de aprovechar plenamente las nuevas oportunidades. Por el contrario, la reacción frente al cambio de entorno puede ser aferrarse obstinadamente a lo conocido o incluso, ante resultados insatisfactorios, exacerbar las formas más inadecuadas de comportamiento. Esto puede explicar por qué tres de cada cuatro chilenos consideran que el principal problema para mejorar la calidad de vida de la gente no es la falta de ideas, sino que no sabemos llevar las ideas a la práctica. Esto es precisamente lo que la investigación desarrollada en el Informe de Desarrollo Humano 2009 corrobora. Así, pensando en el futuro, nuestro desafío no está ni en las instituciones, ni la cultura, ni los recursos en forma aislada, sino en todos ellos simultáneamente y en la forma en que se combinan en las prácticas concretas. El futuro requiere nuevas maneras de hacer las cosas que respondan a los nuevos desafíos.